

MEDITACIÓN DE SÁBADO SANTO

Preparándonos para la Pascua de Resurrección

María, Madre de la Esperanza

El viernes 27 de marzo el Papa Francisco pronunció una especial y conmovedora homilía antes de la Bendición Extraordinaria “Urbi et Orbi” por la pandemia que azota la humanidad. Su meditación giró en torno al pasaje del Mc 4, 35-41, en el cual Jesús, ante el pavor de sus discípulos, calma la tempestad:

*Este día, al atardecer, les dice: «Pasemos a la otra orilla.» Despiden a la gente y le llevan en la barca, como estaba; e iban otras barcas con él. En esto, se levantó una fuerte borrasca y las olas irrumpían en la barca, de suerte que ya se anegaba la barca. Él estaba en popa, durmiendo sobre un cabezal. Le despiertan y le dicen: «**Maestro, ¿no te importa que perezcamos?**» Él, habiéndose despertado, increpó al viento y dijo al mar: «¡Calla, enmudece!» El viento se calmó y sobrevino una gran bonanza. Y les dijo: «**¿Por qué estáis con tanto miedo? ¿Cómo no tenéis fe?**» Ellos se llenaron de gran temor y se decían unos a otros: «Pues ¿quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?»*

Hoy, Sábado Santo, tomaremos como marco de nuestra oración y reflexión el siguiente extracto de la homilía del Santo Padre:

«En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos

reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. Is 42,3), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza.

Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere.

En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza».

MEDITACIÓN DE SÁBADO SANTO

Preparándonos para la Pascua de Resurrección

María, Madre de la Esperanza

«Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.» Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre.» Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa».

Juan 19, 25-27

La llegada de la Hora de Jesús no sorprende a María. Ella, que siempre ha vivido en esa amorosa, misteriosa e íntima unión con el Hijo, llegado el momento está ahí con Él. María no sólo lo ha acompañado jubilosa en su *entrada a Jerusalén*, entendiendo el verdadero sentido de este acontecimiento; también lo acompaña con su oración silente y tierna en el momento de la *oración en el Huerto*, en el que el Señor Jesús experimenta la dureza del rechazo del ser humano ante su amor y al mismo tiempo manifiesta su total fidelidad al Padre, con quien vive en íntima comunión.

María también va conociendo lo que pasa el Hijo al ser juzgado en el *Sanedrín*, acompaña su ir y venir *de Herodes a Pilato*, sabe de las burlas, maltratos y tortura física y psíquica de la soldadesca y, desde lo hondo de su Corazón de Madre, va compadeciéndose, uniéndose más y más hasta límites insondables, al Corazón del Hijo, el Varón de Dolores de las profecías, tantas y tantas veces meditadas y guardadas en su Inmaculado Corazón.

Camino al Calvario, continúa la Madre tras los pasos del Señor, contemplando su cuerpo golpeado y maltratado; ve al Hijo ceñido con una corona de espinas, lo ve caer con la Cruz auestas y así, paso a paso, participa activamente acompañando el doloroso caminar del Hijo con los brazos extendidos, atados al madero horizontal de la Cruz que lo someten a una tensión y fatiga brutal. Avanzan juntos por la Vía Dolorosa, recogiendo la

Madre en su Corazón atravesado por indescriptible sufrimiento, cada uno de los dolores físicos y morales del Hijo.

Llega el momento de la *Crucifixión*. La Madre contempla cómo los clavos desgarran los miembros del Hijo, para luego ver su cuerpo ser izado en cruz. Y ahí, continúan las burlas y los insultos de tantos, totalmente ciegos y sordos a lo que en ese momento se jugaba en la historia de toda la humanidad. La Madre, la Virgen Oyente y Orante, ¡sí que comprende!, y va presenciando con profunda fe cada momento. En medio del terrible dolor, la esperanza arde intensamente en su Corazón.

MARÍA VIVE LA ESPERANZA EN LAS PROMESAS

¿Qué es lo que mantiene a Santa María en pie y firme, aún con el Corazón atravesado por la espada del dolor? Sin duda, el don de su firmeza en la fe, que alimenta su Esperanza, y continúa impulsándola a la entrega generosa de caridad y al ofrecimiento amoroso del Hijo y de sí misma unida a Él, para el cumplimiento pleno del designio reconciliador del Padre.

Ello le permite comprender en lo más profundo de su ser que todo este vejamen tiene un sentido que va mucho más allá de lo que ven sus ojos y siente su Corazón de Madre. Es la salvación que llega a toda la humanidad por el sacrificio reconciliador del Señor, su Hijo, primogénito de muchos hermanos: nosotros.

Fe, Esperanza y Amor que la mantienen firme y en pie, y que también le hacen ver más claro el drama, y aumentan en ella la intensidad del dolor ante el sufrimiento del Hijo.

Junto con ello, María va recorriendo y recordando todo lo que ha ido guardando y atesorando en su amantísimo Corazón a lo largo de su vida, en relación a la misión de su Hijo amado, al mismo tiempo que recuerda las profecías del Siervo Sufriente, recuerda que el propio Señor ha hablado del «grano de trigo que debe morir para dar mucho fruto», que Él es la Resurrección y la Vida, que al tercer día resucitará. Está viva en Ella la luz de la Esperanza y la alegría por el cumplimiento del Plan de Dios.

En medio de esta intensísima experiencia de dolor-alegría, se contempla el momento sobrecogedor, en el que el Hijo, que está dando cumplimiento pleno a su misión, desde la Cruz se dirige a la Madre: «Mujer, he ahí a tu hijo... He ahí a tu madre». Palabras cargadas de misericordia, de amor y de esperanza, explicitando la maternidad espiritual de María, que Ella una vez más acoge en su Corazón desde el que responde con el constante *Fiat* (Hágase), con el Sí generoso.

Contempla y vive así la Madre, de pie junto a la Cruz, como en un esfuerzo inaudito, al extremo de las fuerzas humanas, totalmente dilacerado y desgastado, el Hijo se entrega en manos del Padre y luego de haber cumplido totalmente la misión, «dio un fuerte suspiro y expiró».

Ve María cómo el Corazón del Hijo es traspasado por la lanza del soldado; y su propio Corazón de Madre es traspasado, como hubo profetizado Simeón, «una espada atravesará tu Corazón».

María recibe el Cuerpo de su Hijo, el Señor, con un dolor sensible inmenso, y al mismo tiempo con la paz de corazón, nutrida por la alegría de la fe, de saber que el Hijo ha cumplido el designio del Padre. Acompaña luego a los amigos fieles de su Hijo hasta el Santo Sepulcro, donde depositan el Cuerpo.

MARÍA, MUJER DE LA FE, ESPERA LA RESURRECCIÓN

En la profundidad de la oración, donde está en presencia de Dios, va creciendo su esperanza, pues va recorriendo desde la fe cada uno de los momentos vividos recientemente junto a su Hijo.

Después de lo sufrido, después del terrible martirio, después de la gran injusticia cometida, María sigue en pie, firme en la fe que la hace fuerte. María, quebrada por el dolor sensible, no sucumbe a sus efectos. No es que no lo sufra, sino que desde su personalidad centrada en la fe, se aproxima a la realidad con mirada de fe, con visión de eternidad, experimentando muy dentro, sobre una experiencia indiscutiblemente dolorosa, la alegría de la realización de las promesas.

María creía en el Señor y al Señor. María creyó y fue fiel a pesar de cuanto desafiaba a los sentidos y a la razón humana. Y así vive tensando en el amor su santa espera, aguardando el momento cierto de la Resurrección anunciada.

María en oración, recorriendo las profecías y recordando su vida y diálogos con Jesús, auxiliada por el Espíritu Santo, va viviendo anticipadamente la experiencia postpascual de los discípulos de Emaús, cuando caminando con el Señor iban comprendiendo todo cuanto estaba escrito sobre el sentido de su muerte en la Cruz en función de su gloria, y les «ardía el corazón».

María durante esas horas que la separan del momento de la Resurrección, vive totalmente segura y confiada en el cumplimiento de las promesas.

MARÍA NOS MUESTRA LA UNIDAD DEL MISTERIO DE LA CRUZ Y DE LA RESURRECCIÓN

María espera, y va nutriendo su esperanza en la oración. Ella ha sabido escuchar bien las palabras de su Hijo. Aguarda, por tanto, confiándose en manos del Padre y alentada por el Espíritu Santo, el momento de la Resurrección del Hijo. Desde esta certeza, van cobrando sentido cada uno de los hechos dolorosos del sacrificio redentor del Señor, recientemente vividos, pero también desde ellos van adquiriendo su sentido pleno todas aquellas experiencias de alegría-dolor, a través de las cuales la pedagogía divina la había ido preparando para este momento.

La pedagogía divina del dolor-alegría le hace entender experiencialmente que la Cruz del Señor es el camino verdadero que conduce a la Vida plena de amor, aquella que sólo se encuentra en el seno del Padre. Ésa es la Vida a la que nos invita el Señor Resucitado, ésa es la Vida que anhela todo corazón humano.

Contemplando a la Madre de la Esperanza, vemos y entendemos que el Señor Jesús, desde la Cruz y la Resurrección, ha quitado el sentido mortal y aplastante al dolor humano, transformándolo en camino de Redención, cuando va unido a su sacrificio de la Cruz. No hay Resurrección sin Cruz; y la Cruz es camino a la Resurrección.

La Madre del Señor Resucitado nos enseña que todas las realizaciones humanas sólo cobran sentido a la luz de las promesas de la vida nueva en la tierra nueva, a la luz del horizonte de santidad al que estamos llamados por el Señor de la Vida.

LO QUE NOS DICEN LOS PASTORES DE LA IGLESIA SOBRE LA LUZ DE LA RESURRECCIÓN A NUESTRA VIDAS

«Hermanos y hermanas, no nos cerremos a la novedad que Dios quiere traer a nuestras vidas. ¿Estamos acaso con frecuencia cansados, decepcionados, tristes; ¿sentimos el peso de nuestros pecados, pensamos no lo podemos conseguir? No nos encerremos en nosotros mismos, no perdamos la confianza, nunca nos resignemos: no hay situaciones que Dios no pueda cambiar, no hay pecado que no pueda perdonar si nos abrimos a él.

Pero volvamos al Evangelio, a las mujeres, y demos un paso hacia adelante. Encuentran la tumba vacía, el cuerpo de Jesús no está allí, algo nuevo ha sucedido, pero todo esto todavía no queda nada claro: suscita interrogantes, causa perplejidad, pero sin ofrecer una respuesta. Y he aquí dos hombres con vestidos resplandecientes, que dicen: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado» (Lc 24,5-6). Lo que era un simple gesto, algo hecho ciertamente por amor – el ir al sepulcro –, ahora se transforma en acontecimiento, en un evento que cambia verdaderamente la vida. Ya nada es como antes, no sólo en la vida de aquellas mujeres, sino también en nuestra vida y en nuestra historia de la humanidad. Jesús no está muerto, ha resucitado, es el Viviente. No es simplemente que haya vuelto a vivir, sino que es la vida misma, porque es el Hijo de Dios, que es el que vive (cf. Nm 14,21-28; Dt 5,26, Jos 3,10). Jesús ya no es del pasado, sino que vive en el presente y está proyectado hacia el futuro, Jesús es el «hoy» eterno de Dios. Así, la novedad de Dios se presenta ante los ojos de las mujeres, de los discípulos, de todos nosotros: la victoria sobre el pecado, sobre el mal, sobre la muerte, sobre todo lo que oprime la vida, y le da un rostro menos humano. Y este es un mensaje para mí, para ti, querida hermana y querido hermano. Cuántas veces tenemos necesidad de que el Amor nos diga: ¿Por qué buscáis

entre los muertos al que está vivo? Los problemas, las preocupaciones de la vida cotidiana tienden a que nos encerremos en nosotros mismos, en la tristeza, en la amargura..., y es ahí donde está la muerte. No busquemos ahí a Aquel que vive. Acepta entonces que Jesús Resucitado entre en tu vida, acógelo como amigo, con confianza: ¡Él es la vida! Si hasta ahora has estado lejos de él, da un pequeño paso: te acogerá con los brazos abiertos. Si eres indiferente, acepta arriesgar: no quedarás decepcionado. Si te parece difícil seguirlo, no tengas miedo, confía en él, ten la seguridad de que él está cerca de ti, está contigo, y te dará la paz que buscas y la fuerza para vivir como él quiere».

Papa Francisco, Homilía de la Vigilia Pascual 2013

«Una antigua leyenda judía tomada del libro apócrifo «La vida de Adán y Eva» cuenta que Adán, en la enfermedad que le llevaría a la muerte, mandó a su hijo Set, junto con Eva, a la región del Paraíso para traer el aceite de la misericordia, de modo que le ungiesen con él y sanara. Después de tantas oraciones y llanto de los dos en busca del árbol de la vida, se les apareció el arcángel Miguel para decirles que no conseguirían el óleo del árbol de la misericordia, y que Adán tendría que morir. Algunos lectores cristianos han añadido posteriormente a esta comunicación del arcángel una palabra de consuelo. El arcángel habría dicho que, después de 5.500 años, vendría el Rey bondadoso, Cristo, el Hijo de Dios, y ungiría con el óleo de su misericordia a todos los que creyeran en él: «El óleo de la misericordia se dará de eternidad en eternidad a cuantos renaciesen por el agua y el Espíritu Santo. Entonces, el Hijo de Dios, rico en amor, Cristo, descenderá en las profundidades de la tierra y llevará a tu padre al Paraíso, junto al árbol de la misericordia». En esta leyenda puede verse toda la aflicción del hombre ante el destino de enfermedad, dolor y muerte que se le ha impuesto. Se pone en evidencia la resistencia que el hombre opone a la muerte. En alguna parte — han pensado repetidamente los hombres — deberá haber una hierba medicinal contra la muerte. Antes o después, se deberá poder encontrar una medicina, no sólo contra esta o aquella enfermedad, sino contra la verdadera fatalidad, contra la muerte. En suma, debería existir la medicina de la inmortalidad. También hoy los hombres están buscando una sustancia curativa de este tipo. También la ciencia médica actual está tratando, si no

de evitar propiamente la muerte, sí de eliminar el mayor número posible de sus causas, de posponerla cada vez más, de ofrecer una vida cada vez mejor y más longeva. Pero, reflexionemos un momento: ¿qué ocurriría realmente si se lograra, tal vez no evitar la muerte, pero sí retrasarla indefinidamente y alcanzar una edad de varios cientos de años? ¿Sería bueno esto? La humanidad envejecería de manera extraordinaria, y ya no habría espacio para la juventud. Se apagaría la capacidad de innovación y una vida interminable, en vez de un paraíso, sería más bien una condena. La verdadera hierba medicinal contra la muerte debería ser diversa. No debería llevar sólo a prolongar indefinidamente esta vida actual. Debería más bien transformar nuestra vida desde dentro. Crear en nosotros una vida nueva, verdaderamente capaz de eternidad, transformarnos de tal manera que no se acabara con la muerte, sino que comenzara en plenitud sólo con ella. Lo nuevo y emocionante del mensaje cristiano, del Evangelio de Jesucristo era, y lo es aún, esto que se nos dice: sí, esta hierba medicinal contra la muerte, este fármaco de inmortalidad existe. Se ha encontrado. Es accesible. Esta medicina se nos da en el Bautismo. Una vida nueva comienza en nosotros, una vida nueva que madura en la fe y que no es truncada con la muerte de la antigua vida, sino que sólo entonces sale plenamente a la luz.

En la Iglesia antigua, el bautizando era a continuación desvestido realmente de sus ropas. Descendía en la fuente bautismal y se le sumergía tres veces; era un símbolo de la muerte que expresa toda la radicalidad de dicho despojo y del cambio de vestiduras. Esta vida, que en todo caso está destinada a la muerte, el bautizando la entrega a la muerte, junto con Cristo, y se deja llevar y levantar por Él a la vida nueva que lo transforma para la eternidad. Luego, al salir de las aguas bautismales, los neófitos eran revestidos de blanco, el vestido de luz de Dios, y recibían una vela encendida como signo de la vida nueva en la luz, que Dios mismo había encendido en ellos. Lo sabían, habían obtenido el fármaco de la inmortalidad, que ahora, en el momento de recibir la santa comunión, tomaba plenamente forma. En ella recibimos el Cuerpo del Señor resucitado y nosotros mismos somos incorporados a este Cuerpo, de manera que estamos ya resguardados en Aquel que ha vencido a la muerte y nos guía a través de la muerte.

Sí, la hierba medicinal contra la muerte existe. Cristo es el árbol de la vida hecho de nuevo accesible. Si nos atenemos a Él, entonces estamos en la vida. Por eso cantaremos en esta noche de la resurrección, de todo corazón, el aleluya, el canto de la alegría que no precisa palabras. Por eso, Pablo puede decir a los Filipenses: «Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito: estad alegres» (Flp 4,4). No se puede ordenar la alegría. Sólo se la puede dar. El Señor resucitado nos da la alegría: la verdadera vida. Estamos ya cobijados para siempre en el amor de Aquel a quien ha sido dado todo poder en el cielo y sobre la tierra (cf. Mt 28,18). Por eso pedimos, seguros de ser escuchados, con la oración sobre las ofrendas que la Iglesia eleva en esta noche: Escucha, Señor, la oración de tu pueblo y acepta sus ofrendas, para que aquello que ha comenzado con los misterios pascuales nos ayude, por obra tuya, como medicina para la eternidad. Amén».

Papa Benedicto XVI, Homilía de la Vigilia Pascual 2010

«Sí. Tú resurrección, Cristo, es la gloria del Padre.

Tu resurrección revela la gloria del Padre, al que en el momento de la muerte, te has confiado hasta el fin, entregando tu espíritu con estas palabras: "Padre, en tus manos" (Lc 23, 46). Y contigo nos has confiado también a todos nosotros, al morir en la cruz como Hijo del Hombre: nuestro Hermano y Redentor. En tu muerte has devuelto al Padre nuestra muerte humana, le has devuelto el ser de cada uno de los hombres, que está signado por la muerte.

He aquí que el Padre te devuelve a ti, Hijo del hombre, esta vida que le habías confiado hasta el fin. Resucitas de entre los muertos gracias a la gloria del Padre. En la resurrección es glorificado el Padre, y tú serás glorificado en el Padre, al que has confiado hasta el fin tu vida en la muerte: eres glorificado con la Vida. Con la Vida nueva. Con misma vida y, al mismo tiempo, nueva.

Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo, a quien el Padre ha glorificado con la resurrección y con la vida, en medio de la historia del hombre. En tu muerte has devuelto al Padre el ser de cada uno de nosotros, la vida de cada uno de

los hombres, que está signada por la necesidad de la muerte, para que en tu resurrección cada uno pudiera adquirir de nuevo la conciencia y la certeza de entrar, por ti y contigo, en la Vida nueva.

"Porque si hemos sido injertados en El por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección" (Rom 6, 5).

Estamos muchos velando, esta noche, junto a tu sepulcro. A todos nos une "una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios, Padre de todos" (cf. Ef 4, 5-6).

Nos une la esperanza de la resurrección, que brota de la unión de la vida, en que queremos permanecer con Jesucristo.

Nos alegramos por esta Noche Santa junto con aquellos que han recibido el bautismo. Es la misma alegría que han vivido los discípulos y los confesores de Cristo en la noche de la resurrección, durante el curso de tantas generaciones. La alegría de los catecúmenos sobre los cuales se ha derramado el agua del bautismo, y la gracia de la unión con Cristo en su muerte y resurrección.

Es la alegría de la vida que en la noche de la resurrección compartimos recíprocamente entre nosotros como el misterio más profundo de nuestros corazones y la deseamos a cada uno de los hombres.

"La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa. No he de morir, viviré, para contar las hazañas del Señor" (Sal 117 [118] 16-17).

Cristo, Hijo del Dios vivo, acepta de nosotros esta Santa Vigilia en la noche pascual y concédenos esa alegría de la vida nueva, que llevamos en nosotros, que sólo Tú puedes dar al corazón humano:

Tú, Resucitado

Tú, nuestra Pascua».

San Juan Pablo II, Homilía de la Vigilia Pascual 1980

TEXTOS COMPLEMENTARIOS

Lecturas

Jn 11,25-27

Jn 3, 16-17

1 Co 15, 13-20

Rom 5, 6-8

Rom 6, 8-10

Col 3, 1-2

«En Cristo, la muerte ha perdido su poder, le ha sido arrebatado su aguijón, la muerte ha sido derrotada. Esta verdad de nuestra fe puede parecer paradójica, cuando a nuestro alrededor vemos todavía hombres afligidos por la certeza de la muerte y confundidos por el tormento del dolor. Ciertamente el dolor y la muerte desconciertan al espíritu humano y siguen siendo un enigma para aquellos que no creen en Dios, pero por la fe sabemos

que serán vencidos, que la victoria se ha logrado ya en la muerte y resurrección de Jesucristo, nuestro redentor».

San Juan Pablo II, Homilía del 16 febrero 1981

«Tan espléndida es la gracia de Dios y su amor a nosotros, que hizo El más por nosotros de lo que podemos comprender».

Santo Tomás de Aquino